

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 38.—1.º de Octubre de 1877



*Dios es caridad. (San Juan  
Epíst. I, 4, 8.)*

## PAGINAS DE UN POBRE (\*).

*(Continuacion.)*

### VI.

Heme aquí de nuevo sumido en mi triste aislamiento, y frente á frente de mi desgracia. Harto breve fue el período de bienestar: parecíame preludio de una vida de consuelos regeneradores, y solo fue vislumbre fugaz del bien para hacerme mas sensible su desaparicion.

Mi nuevo amigo, mi visitador querido, ha tenido que ausentarse por una temporada, que él mismo, segun me dijo, no sabia si tendrá que ser larga. Me dejó socorros materiales, pero nada puede suplir el vacío que me deja su ausencia.

He vuelto, pues, á mi soledad, hoy doblemente sensible, no solo por la comparacion con los dias de agradable compañía que me proporcionó mi salvador, sino porque la enfermedad pasada parece renacer; casi todas las tardes tengo un ligero recargo, que me constituye en estado febril durante algunas horas, y me deja luego débil, como si cada uno de estos pequeños accesos me arrancase algo de fuerza vital.

Esto me impide salir de casa, y mi única distracion es asomarme á la pequeña ventana de mi cuarto. Desde ella percibo abajo ese confuso rumor producido por el bullicio del mundo que se agita, y arriba el tranquilo silencio, apenas turbado por el murmullo de la brisa ó por el canto de algun pajarillo. Estoy, pues, como entre la tierra y el cielo; la tierra que grita, el cielo que calla; la tierra que no se ocupa de mí, y el cielo donde tengo un Criador y un Padre, de quien no estoy ciertamente ni olvidado ni abandonado. Bendita

(\*) Véanse los núms. 35 y 36 de esta *Revista*.

sea la posición elevada de mi boardilla, que me ofrece tales comparaciones de una manera sensible y elocuente.

Colocado en esta altura material, me considero en actitud de citar ante el tribunal de mi sencillo criterio á ese mundo que se agita á mis pies, por mas que á él nada le importen mis juicios ni mis observaciones.

Lo primero sobre que le interrogo es ese olvido absurdo en que parece tener la brevedad de la vida. Solo da indicios de pensar en ella cuando se le ve entregarse con tan loco afán á los goces materiales, como si le faltase tiempo para disfrutarlos.

Distingo desde mi ventana un magnífico palacio, cuya construcción toca ya á su fin. Todo en él es sólido y grandioso; todo es lujo y suntuosidad; todo está hecho para durar quizás siglos: no hay deleznable y fragil mas que la vida de sus dueños. Adornan su morada como si hubieran de estar en ella eternamente, y sin embargo dentro de veinte, diez ó menos años, esas sólidas paredes, esas columnas de mármol, esas bellezas arquitectónicas subsistirán como hoy; solo los constructores habrán perecido. ¡Ley terrible de las creaciones humanas! El creador desaparece y la creación le sobrevive, formando elocuente contraste con la vida eterna del supremo Hacedor del mundo, y la vida perecedera de sus criaturas en la tierra.

No lejos de ese palacio distingo una chimenea piramidal con su negro penacho de humo, heraldo de la industria moderna, que revela un grande establecimiento fabril. Por una casualidad sé lo que allí pasa. El propietario de esa fábrica ha consumido los dos tercios de su vida trabajando, con la constancia é inteligencia tan peculiar de la raza catalana. A fuerza de laboriosa actividad ha creado un grandioso centro industrial, donde las primeras materias, bajo el impulso de la maquinaria movida por el vapor, se trasforman en productos elaborados, que satisfacen las exigencias del lujo, de la comodidad ó del placer. El gran fabricante está satisfecho, y goza en su obra. Pero ¡ah! su vida es corta: tiene mas de sesenta años. ¿Cuántos le quedarán para disfrutar ese goce?

Mas cerca, entre la fábrica y el palacio, llama mi atención un grupo de gentes que hablan con vehemencia á la puerta de una casa. Son bolsistas que salen de la Bolsa. Allí se improvisan fortunas, sin mas elemento que un poco de cálculo y un mucho de osadía para lanzarse al juego de la alza y la baja. Si la suerte favorece á uno, se encuentra rico en pocos dias; pero dado que así sea ¿cuánto le durará esa riqueza? Si no se la arrebatara otro golpe de adversa suerte, ¿no se la arrebatará de seguro el golpe inevitable de la muerte?

Es curioso observar cuán poco se piensa en esto. Es una ley ineludible y fatal, que se nos recuerda todos los días con repetidos ejemplos, y sin embargo parece que hacemos un estudio especial de olvidarla, según los planes que forjamos para una larga vida. Somos como pasajeros que pernoctamos en una posada, y nos entretenemos puerilmente en adornarla para gozar de ella, sin tener presente que al amanecer hay que dejarla para siempre y continuar el viaje.

Y esta propensión está tan generalizada, que alcanza hasta á las personas que parece debieran estar más alejadas de ella. Recuerdo un amigo mío, anciano respetable, que deliraba con la perspectiva de una mina de cobalto en que estaba interesado, y me decía con grande formalidad: «¡Esta mina es el porvenir de mi vida!» ¡Y tenía 83 años!

Esta fragilidad de la existencia humana me sugiere dos útiles reflexiones. Un consuelo para los males, puesto que son tan pasajeros; una esperanza de compensación en la otra vida, puesto que la fe me asegura que la hay, y si no me lo dijese la fe, me lo diría la más trivial idea de la justicia de Dios. ¡Consuelo y esperanza!.... Meditemos un poco sobre ello.

## VII.

El niño castigado con encierro por un preceptor severo se consuela con la reflexión infantil de que ese encierro no es eterno, que solo durará algún día ó algunas horas. Los hombres, que en ciertas cosas somos grandes niños aunque sin la inocencia de tales, al vernos en el encierro de la adversidad, no imitamos ese sencillo ejemplo de nuestra infancia. Nos afligimos, nos rebelamos como si el mal debiera ser eterno. Y sin embargo ¡es tan breve! ¡Vale la pena de desesperarse por sufrir unas días ó unos años que son instantes en el tiempo sin medida de la eternidad? Rico que gozas, acuérdate que tu vida es corta: pobre que sufres, no te desesperes; tu padecimiento es también pasajero.

¿Pero acaso estas ideas me deberán infundir una misantrópica indiferencia por todo lo que me rodea? No; nada de eso. El hombre es sociable y perfectible. Justo es, pues, que viva, que se instruya, que trabaje, que emplee utilmente el genio que Dios le ha dado, y que contribuya á su bienestar y al de sus semejantes en la medida que le permitan sus fuerzas físicas é intelectuales. No quiero, pues, censurar los trabajos de la actividad humana, aunque se desarrollen en un terreno deleznable. Lo que quiero y me importa es sacar de esa fragilidad esta consoladora reflexión: «Soy pobre, pero no lo

seré eternamente; soy desgraciado, pero mi desgracia tendrá un término.»

Y al pensar en ese corto término surge en mi alma una explosión de inmenso consuelo para todo. Aprendí en mi niñez por instinto, y luego me lo confirmó mi conciencia, que Dios es eminentemente justo, y no puede dejar de serlo. Con esta convicción salvadora espero en perfecta tranquilidad la compensación que ha de nivelar al hombre rico á quien todo le sonríe, y á mí, pobre miserable, á quien todo le contraría. Aceptando mi desventura con tranquila resignación, armado me encuentran las penas para resistirlas, con la seguridad de que mas pronto ó mas tarde, en esta vida ó en la otra, si no me desvíó del recto modo de obrar, he de hallar la compensación que merezcan.

Oid, pues, vecinos míos, magnate del palacio, industrial de la fábrica, rico de la Bolsa, oid á este pobre habitante de la boardilla. Vosotros y yo tenemos nuestros días contados. Tal vez á vosotros os desespere el recordarlo, porque os priva del goce que teneis *aquí*; á mí me consuela, porque me acerca á la felicidad compensadora que espero *allá*. No os envidio ciertamente.

*Antonio Guerola.*

## LA ECONOMIA POLITICA Y LA BENEFICENCIA.

Correspondiendo á una cariñosa cuanto inmerecida escitación de los dignísimos fundadores de este periódico, bosquejamos en sus columnas, no hace mucho tiempo, unas brevísimas consideraciones sobre el importante problema del socialismo en su relación con la caridad.

Ocúrrenos hoy redondear el propósito que en el mencionado artículo indicamos, poniendo frente á frente la cuestión de la Beneficencia oficial con la idea económica, verdadera antítesis del socialismo. Entre una y otra tarea existen más estrechos lazos de lo que á primera vista parece; y el criterio que en nuestro anterior artículo revelamos, nos permitirá seguramente proyectar algún rayo de luz sobre la delicada materia que acabamos de plantear como epígrafe de estos renglones.

### I.

Cuando Adán Smith abrió las zanjas y echó los cimientos del interesante y trascendental estudio que tiene por lema y divisa fomentar y desenvolver la riqueza pública de las naciones, no lo hizo exagerando el alcance de sus doctrinas, ni dando á la nueva ciencia

las gigantescas proporciones que ha tomado despues. A los ojos del ilustrado y conspicuo profesor de Glasgow, la ciencia económica aparecia sólo como una de las morales, una de ellas y no la más importante; siendo sus advertimientos y enseñanzas de tal naturaleza, que para rendir sazonado fruto habian de emplearse en alianza y provechosa combinacion con otras de origen superior, y procurando, sobre todo, que su desarrollo no cediese bajo ningun concepto en menoscabo de las demás. De la misma manera apreciaron la importancia de los estudios económicos José Droz, Degerando y otros esclarecidos moralistas.

Con el transcurso del tiempo se inició una revolucion verdaderamente trascendental en el terreno de la economía. En manos de los discípulos, dispuestos siempre á extremar las cosas y á sacarlas del quicio en que las colocaran los maestros, la nueva ciencia trató de convertirse de objetiva en subjetiva; de especial en enciclopédica; de armónica con las demás verdades del mundo moral, en invasora y absorbente; de modesta en sus aspiraciones y respetuosa con la tradicion, en altanera, trastornadora y locuaz hasta el dulcamarismo; de atenta á la observacion de los hechos, en sistemática propagadora de abstracciones y generalidades vacías. Embriagada con algunos resultados espléndidos que se lograban de su cultivo en ciertas naciones pujantes de Europa y América, extasiada ante la perspectiva de la manera como sus preceptos se habian infiltrado en las múltiples capas de la sociedad merced á una inteligente propaganda y al poder incontrastable de la asociacion, creyó tener en sus manos la varita mágica destinada á romper las tinieblas, á transformar milagrosamente la faz de la tierra y á convertir en edénico pensil esta morada triste y sombría que la Religion, en su hermoso y pintoresco lenguaje, apellida valle de lágrimas. La solidaridad fundamental de las industrias y profesiones pareció, á los fervorosos apóstoles de la ciencia económica, garantía bastante de que los pueblos, por su propio interés, se encauzarían en los lineamentos del derecho, y hablaron de la paz universal: las exposiciones internacionales y los congresos científicos les infundieron las más rientes y halagadoras esperanzas: ante las excelencias del individualismo, ó sea, el desenvolvimiento de la civilizacion determinado principalmente por el influjo de la personalidad, creyeron llegada la hora de la democracia y trataron de quebrar toda clase de ligaduras igualando las atribuciones de la autoridad, fuesen cuales fuesen los elementos relativos de cada país: por las ventajas de la concurrencia hicieron del libre-cambio el primer resorte del progreso social en el mundo: por huir de las tiranías históricas, que reconcentraban en el poder todos los

hilos de la vida social, redujeron á la nulidad las funciones del Estado transformándole en gendarme, como decia Bentham, ó, para valerlos de la expresion de Molinari, en mero «productor de la pública seguridad.»

De esta época, verdadera edad dorada de la economía política, arrancan tambien las grandes declamaciones contra la beneficencia oficial. Hízose eco de las mismas el celebrado profesor Cherbuliez, dándoles una brillantez y resonancia nunca superadas al publicarse el Diccionario francés de Economía Política. Las palabras de este ilustre publicista causaron un estremecimiento de terror entre los hombres que hán por ocupacion preferente el estudio de las ciencias morales.

Pero ántes de someterlas al crisol del exámen, recordemos, siquiera en brevísimas frases, el sentido y el alcance de las doctrinas proclamadas por Cherbuliez.

## II.

El distinguido autor del artículo *Beneficencia pública* del Diccionario de la Economía Política, no es indiferente, ni mucho ménos, á los sufrimientos y estragos que produce en la sociedad el fenómeno de la miseria, ni mira con ojos enjutos la dilatacion de tan pavorosa llaga. De mozo estudió con interés especialísimo las causas del pauperismo, y, léjos de ser indiferente á sus avances, busca con empeño los medios de cortar el mal, ó por lo ménos de circunscribir su deletérea accion.

El espíritu de sistema, que no la ignorancia, es el que le conduce en ocasiones á prohijar ciertos principios que, en la tirantez de una lógica severa, llevan á su alcance tristísimas consecuencias.

Por simple reminiscencia de la escuela Ricardo-Malthusiana, el autor niega al Estado el derecho de practicar las funciones de la Beneficencia, apoyándose señaladamente en que la caridad, como sentimiento espontáneo y virtud individual, se desnaturaliza completamente cuando la ejerce la administracion pública con el producto de los impuestos; cuya práctica además tiende á enflaquecer y destruir la idea de la responsabilidad personal del ciudadano, alentando la vagancia, nutriendo malos instintos y fomentando á la postre la misma miseria cuya atenuacion se prometia.

Si estas reflexiones se hubiesen presentado en una forma modesta y como nacidas de la esperiencia y de la discreta apreciacion de los hechos, podrian aceptarse sin dificultad alguna por todas las escuelas. El mundo científico que rechazó el dogma, de buen grado recibiera el consejo; lo que despertaba justísimas prevenciones formu-

lado como precepto absoluto, probablemente se impusiera á las inteligencias y forzara su asentimiento presentado como simple expresion de una tendencia. Porque la verdad es que el deber moral de la caridad, de ninguna manera presupone la necesidad de practicarse ciegamente estimulando los vicios y la holgazanería. La misma religion que profesamos, al imponernos el deber indeclinable de secar las lágrimas del desvalido y ser, en la medida de nuestros recursos, limosneros y dadivosos, no impide que la caridad se ejercite con discrecion, ántes, por el contrario, recomienda mucho la cordura en tales materias; y en tanto es así que los Libros Santos, adelantándose á la economía política y con una prevision admirable, establecian ya el principio de que: *Si bene feceris, scito cui feceris* (1). Además, que el abuso de la beneficencia oficial causa á la larga trascendentales y deplorabilísimos efectos, es una verdad que el mundo tiene aprendida desde los tiempos de Grecia y Roma, es decir, de mucho ántes que se formulara, no ya el Diccionario francés de Economía Política, sino las teorías de Roberto Malthús y de sus bien intencionados predecesores.

Pero el elocuente escritor francés erró, en nuestro concepto, á querer convertir en regla absoluta de gobierno la enseñanza que de la historia se deduce; al sellar con el estigma de antijurídica la beneficencia pública ejercida por el Estado, y al sentar de una manera incondicional, dentro de la economía política cuando ménos, que la Administracion *no debe* intervenir en el ejercicio de la caridad privada. Ninguno de los argumentos en que apoyaba su opinion Cherbuliez nos parece bastante fuerte para justificar lo absoluto de su fórmula.

Asienta en primer término el autor que sólo declarándose francamente socialista puede la administracion *socorrer á unos con los recursos de los otros*. Esta consideracion, sin embargo, por probar demasiado prueba muy poco. Si fuese verdad (lo que nosotros redondamente negamos) que el derecho no pudiese rebasar la fria órbita que le traza el individualismo de Bastiat y sus discípulos, preciso sería convenir en que todos los códigos de la tierra han sido, son y serán probablemente socialistas, no sólo en el problema de la beneficencia, sino en la mayor parte de las cuestiones. Y siendo así, no hay para qué rechazar en unas materias la regla de criterio que en otras se acepta. Si el argumento es valedero, debe llevarse á sus *naturales* é ineludibles consecuencias en todos los ramos, y esto no lo harán jamás los economistas, porque ántes que en el

(1) Eclesiático, 12, I.

rigor de los principios, están interesados en la conservación de los elementos morales, que se verían del todo comprometidos si prevaleciesen en la práctica las ideas individualistas.

Por lo demás, hemos indicado ya que nosotros rechazamos la verdad de ciertas doctrinas que como absolutas tratan de imponerse: hasta ahora representan únicamente *opiniones* en el estadio jurídico, y distan mucho de ser, por mas que lo contrario se suponga, la expresión de toda la ciencia contemporánea.

En el lenguaje de Cherbuliez y de los que se llaman economistas *puros* hay dos ideas cardinales que se aceptan como de sentido común y cuya autoridad se supone ya incontrovertible: la primera es que todos los actos de beneficencia presuponen la exacción de un impuesto y son en su fondo perjudiciales; la segunda es que no se halla entre las atribuciones legítimas del Estado, la facultad de sobrecargar al país en *mas ó en ménos* para realizar los actos de la beneficencia. Y sin embargo, ni la primera ni la segunda idea aparecen exactas en sentido absoluto.

Ante todo cumple observar que Cherbuliez no está en lo rigurosamente cierto cuando afirma que la Beneficencia oficial exige, como condicion necesaria, la exacción de tributos para realizarse. La experiencia nos enseña que muchas veces los recursos son debidos á la munificencia de los particulares que por simple delegacion le confian al Estado sus fondos y sobrantes para empresas de caridad, Así que mientras á los ojos de la economía política sistemática, entre el Estado y el individuo la mayor prevision y la mayor iniciativa suelen estar de parte del segundo, el instinto de las sociedades resuelve muchas veces el problema en sentido contrario, fiando á la Administracion el alivio de las miserias y el socorro de los grandes padecimientos sociales.

Además, no es exacto que la ciencia haya condenado como ilegítimo ó abusivo todo acto benéfico de la Administracion pública que afecte los productos del impuesto. Calificalos, es verdad, de peligrosos; pero, aun así, no los excluye cuando la suma de sus ventajas prácticas supera á los inconvenientes de la exacción. Y bien mirada la cosa no hay para que excluirlos, atendida la naturaleza y el fin del impuesto. Destinado éste, como dicen vagamente los economistas, á la realizacion del fin social, no cierra la puerta bajo ningun concepto á la satisfaccion de aquellos levantados sentimientos que están en la conciencia de la sociedad, y á los cuales sólo puede llegar el individuo por medio de la institucion representativa del derecho de todos, por medio del Estado. Enhorabuena que no se abuse de este principio y allí empiece la accion administrativa donde acaba de hecho

la energía individual; enhorabuena que la caridad se ejerza discretamente por el Gobierno, de manera que socorra á los desgraciados en vez de estimular á los viciosos; pero, aun admitidas como justas estas limitaciones, quédale no poco que hacer al Estado en orden á las cuestiones de Beneficencia. Los peligros á que esta regla se presenta ocasionada, los excesos de que es susceptible esta delicada materia, no bastan para abrir una honda sima de separacion entre el pauperismo y la entidad Gobierno, sucediendo en este punto lo que en todos los demás de naturaleza vidriosa que deben dejarse, despues de todo, al fino tacto de los estadistas y á la inteligente discrecion de los pueblos.

Estamos segurísimos de que nuestras palabras despertarán alguna prevencion entre las personas que á todas horas y en todos los tonos declaman contra las invasiones del socialismo. Despues de los rudos desastres de la *Commune* y ante la osadía de la Internacional, se dirá, ¿no es por todo extremo peligroso someter á la accion de los Gobiernos la tarea de remediar, siquiera en parte, la cuestion de la miseria? Sobre este punto nuestra opinion es sumamente categórica y concreta. Ante los azares y contingencias con que nos amenaza el porvenir lo más peligroso es querer constituir un estado jurídico fundado puramente sobre las exigencias del individualismo, frio, matemático y atomístico, extraño de todo en todo á las regaladas expansiones del sentimiento así como á los preceptos de la moral. Por este camino solo puede prometerse Europa dias de prueba y espantosas reacciones que pongan á la sociedad al borde del abismo.

Miéntras á tantos hombres de ciencia preocupa de una manera profunda la consideracion de que para atenuar los males que cercan al mundo puedan salir sacrificados los buenos principios, confesamos que á nosotros nos melancoliza y entristece otro peligro de índole opuesta. La época que alcanzamos es muy posible que logre sacar á flote, teóricamente hablando, el cuerpo de los principios que como verdaderos preconiza hoy la ciencia: lo que es difícil, por demás difícil, es que recobre la energía y el vigor de los grandes sentimientos que han sembrado y esmaltado de acciones heróicas las páginas de la historia. Lo que interesa, por lo tanto, ha dicho un gran maestro de la ciencia política (1), es la conservacion de los elementos morales porque *la peor enfermedad del alma es el frio*. Vanamente, pues, nos holgaremos de nuestros sucesivos adelantos y de nuestra civilizacion si, al compás de los mismos, dejamos escapar del seno de la sociedad la preciosa ráfaga de la vida; si el frio cunde y se dilata

---

(1) Tocqueville.

paulatinamente por todos los miembros del cuerpo social; si con el triunfo del pretendido *derecho* individualista coincide, por desgracia, el advenimiento de un orden de cosas en que pierdan todo su perfume y su sávia las flores de la moral.

Para conjurar este peligro, más positivo cien veces que el de entronizarse el socialismo á la sombra del *justo medio* gubernativo, necesario es rechazar con energía el apotegma sentado por Cherbuliez, de que *no se halla entre las atribuciones legítimas del Estado el ejercicio de la beneficencia*. Mucho más cauto, más previsor, más en armonía con la ciencia del derecho en su sentido histórico y universal, parecenos delinear y trazar el programa de las atribuciones del poder sobre la ancha base de los múltiples elementos que la sociedad atesora, siguiendo de cerca los latidos de la opinion, interesándose por los grandes infortunios y no siendo extraño á nada de lo que comprende el orden humano, como diria Terencio, siquiera en la resolución de los problemas no lo fie todo á la accion del sentimiento, sino que escuche oportunamente las discretas limitaciones que le imponen la moral, la economía pública y la ciencia administrativa.

### III.

Es achaque de toda doctrina exajerada no dejar hondas huellas en el campo de la ciencia y desvanecerse, por reverso, como exhalacion meteórica. El *dejar hacer* aplicado á las cuestiones de la Beneficencia pública, dista mucho de ser hoy un principio inconcuso en el terreno de la economía. Pueblos que hacen gala de profesar en su pureza y rijidez las buenas doctrinas económicas, las infringen y conculcan abiertamente en este punto, como le sucede á la liberal Inglaterra; y en cuanto á los cultivadores de la ciencia especulativa, los hay, y no pocos, que rechazan en todo su rigorismo los heladores principios dogmatizados por Cherbuliez. Sin ánimo de ostentar erudicion, pues no es este seguramente el propósito de nuestro artículo, citaremos á Enrique Baudrillart, que en el Diccionario de la Administracion y la Política de Mauricio Block (art. *Asistencia pública*) se separa ostensiblemente de la opinion de Cherbuliez reconociendo en el Estado el derecho y hasta el deber de practicar determinados actos de beneficencia.

Y en verdad que las razones apuntadas y desenvueltas por Baudrillart no pueden ser más justas.

«Hay calamidades y desgracias de tal naturaleza, dice, que no sólo exigen pronto remedio sino cuantiosos sacrificios pecuniarios que únicamente el Estado se halla en condiciones de hacer. ¿No debe proporcionar auxilios á los que, sirviéndole, han contraído en-

»fermedades y á sus viudas y huérfanos? ¿No es equitativo en ciertos casos, aunque la ley no lo prescriba, indemnizar á los que, comprendidos en una medida de utilidad general, se ven en un momento dado sin recursos? ¿No aconseja la prudencia á la política, sean cuales fueren las objeciones puramente económicas que se hagan, que debe el Estado socorrer á aquellos cuya miseria repentina é inesperada puede convertirse en amenaza y peligro para el orden social? ¿Qué se hará de los desgraciados á quienes una crisis industrial priva en un dia determinado de todo linaje de recursos, á los cuales, por su gran número, no puede atender la caridad privada? ¿Quién sino el Estado, por medio de la asistencia pública, podrá oponer á grandes males grandes remedios? ».....

.....

.....

#### IV.

Estas someras reflexiones, trazadas al correr de la pluma, no son hijas de un antagonismo inconsiderado hácia los fundamentos de la economía política. Precisamente porque tenemos fe en sus dogmas cardinales, porque comprendemos toda la alteza y eficacia del trabajo y del ahorro, porque deseamos ver difundidas y afianzadas sus luminosas enseñanzas preparando el hermanamiento de las clases todas y la concordia general de los intereses, sentimos repugnancia instintiva hácia las opiniones que, por enaltecer los fueros de la ciencia, la exajeran y desnaturalizan. Bien así como toda accion violenta lleva á su alcance una proporcionada reaccion, es natural que á las declamaciones vacías, á las predicaciones insensatas sucedan los vanos temores y los recelos. Para consolidar el prestigio de una ciencia, la primera condicion es presentarla tal como es realmente y restituyéndole su genuino significado. No de otra manera lo ha comprendido la pensadora Alemania al dar cabida á los estudios económicos en el cuadro de la ciencia *cameral*. Por esto, miéntras en las naciones meridionales, que suelen tomar como expresion absoluta de la verdad los principios del individualismo, la ciencia tiene escasa respetabilidad y pasa repentinamente de la luz á las tinieblas y de la apoteosis al ludibrio, ó cuando ménos á la decadencia, en los estados que hoy constituyen el vasto imperio germánico posee legitima autoridad práctica desde los tiempos de Rau, y, aunque girando en esfera más humilde, se impone á todos los hombres de clara inteligencia y recoge frecuentemente los aplausos y las bendiciones de la sociedad agradecida.

*José Leopoldo Feu.*

## LA CUESTION SOCIAL.

CARTAS Á UN OBRERO.

### *Carta novena.*

Apreciable Juan: Al enumerar las causas de la miseria, hemos empezado por la falta de trabajo, siendo indispensable definirle, y tratar, aunque brevemente, lo que se ha llamado *derecho al trabajo*, antes de investigar las causas de que falte.

Tambien ha sido necesario dedicar una carta al capital, contra el cual se sublevan hoy cierta clase de trabajadores, estraviados por cierta clase de ambiciosos ó de ilusos.

Sigamos nuestro triste estudio de las causas de la miseria, y veamos cuándo viene por imposibilidad de trabajar á causa de

Enfermedad; vejez; niñez; ocupacion.

¿Puede evitarse que el enfermo pobre caiga en la miseria? Sí; mas para ello se necesita recurrir á la moral, á esa moral desdeñada por algunos economistas como cosa que nada tiene que ver con la ciencia.

Para que el pobre enfermo no se vea en la miseria, y arrastre á ella á toda su familia, es necesario que cuando podia trabajar haya realizado algunas economías, ya las guarde, ya las lleve á la Caja de Ahorros, ya se inscriba en una sociedad de Socorros Mútuos. Esta forma de realizar la economía es la mejor de todas, porque empieza desde luego haciendo el gran bien de auxiliar al enfermo pobre y honrado, y porque pone en accion los buenos sentimientos del hombre, que se interesa por la suerte de su consocio doliente: de esto hablaremos con mas detenimiento al tratar de la *asociacion*.

El pobre necesita un grande y continuo esfuerzo para realizar algun ahorro, es decir, necesita una gran virtud, una gran moralidad. Hay ocasiones, y muchas, en que no le basta, porque si tiene una dilatada familia, gana un escaso jornal, y los mantenimientos están caros, imposible es que realice economías, y que al caer enfermo no necesite de la beneficencia pública ó de la caridad privada, para no verse reducido al estado mas lastimoso. *Caridad*, *Beneficencia*, es decir, remedios del orden moral.

La vejez es otra especie de enfermedad, solamente que en lugar de ser eventual, es segura, y como suele ser muy larga, difícilísimo

es que el pobre haya podido economizar para atender á ella. La Beneficencia pública, la caridad privada y la familia, pueden sacar de la miseria al pobre que por sus muchos años no puede trabajar ya. La familia que él ha criado, y por quien ha hecho tantos sacrificios, debe cuidarle; pero desgraciadamente, el instinto habla mas en favor de los hijos que de los padres, y suelen ser sacrificados cuando en una situacion estrecha, para ampararlos se necesita hacer un gran esfuerzo. Esto se ve de continuo, y mas cuanto los hombres están menos educados y son mas groseros: entre ellos se hallan casos de indiferencia y de crueldad feroz, en que el pobre abandona al mísero autor de sus dias, cuando ya no es para él mas que una carga. Los hombres depravados, en que no hay mas que instintos, atienden á los hijos, poco ó nada á los padres que necesitan cariño, idea del deber, conciencia, razon, moralidad en fin, para ser atendidos en aquel período de su existencia, á veces largo, en que de poco ó nada sirven. La Beneficencia pública ampara, aunque no siempre, á los ancianos desvalidos, y les abre asilos donde, aunque sustraídos á la miseria material, les falta la familia. Aquella acumulacion de desengaños, achaques, acritudes y extravagancias, hacen de un asilo de ancianos uno de los espectáculos mas tristes que puede ofrecer la humanidad desgraciada. El amor de la familia ó el socorro domiciliario para auxiliarla en su piadosa obra, son el único modo de salvar al anciano pobre de una vejez desventurada y verdaderamente miserable, aunque tenga alimento, techo y vestido: siempre la moral.

Los niños forman una gran masa de miserables, cuya situacion es obra

De la muerte; de la miseria; del vicio; del crimen.

Los niños pobres que la muerte deja huérfanos, no tienen mas amparo que la beneficencia pública, ó la caridad privada; y no puede haber ninguna duda acerca de la necesidad imperiosa de socorrerlos eficaz é instantáneamente.

La miseria puede dar lugar á mas dudas; pero aunque se abriguen para ciertos casos particulares, en general es evidente que un número mayor ó menor, pero siempre considerable, de niños, no pueden recibir alimento, vestido ni educacion de los autores de sus dias.

El vicio deja tambien en el desamparo á gran número de niños, que no tienen padres sino para darles malos ejemplos.

Y en fin, el mayor número de inocentes abandonados lo son por el crimen, que los lleva al torno de la Inclusa ó los deja en la via pública: hay que añadir los que se ven desamparados porque sus padres están en una prision.

En todos los países es grande el número de estos pobres, víctimas la mayor parte, del desarreglo de costumbres y de la falta de conciencia. Hasta donde la Estadística puede dar luz, se observa que la miseria influye poco ó nada en el número de espósitos que forman la mayoría de los niños desamparados. Y como este número es verdaderamente alarmante, y como es grande, casi insuperable, la dificultad de dar buena educación á los que no tienen familia, y como el pobre que no está bien educado es difícil que deje de ir á formar en las filas de los miserables, resulta que el vicio y el crimen son un poderoso auxiliar de la miseria: siempre la moral.

El abandono de los ancianos es cruel, pero no tiene para la sociedad consecuencias tan terribles. El decrepito lleva á la tumba la hiel alquitarada en sus últimos días, el niño derramará en el mundo la que acumuló en sus primeros años, y devolverá, acaso con creces, el mal que ha recibido.

Las atenciones imprescindibles hacen imposible el trabajo para un gran número de mujeres que tienen que cuidar niños pequeños. Unas las ha dejado viudas la muerte, otras pueden llamarse viudas del vicio ó de la pasión, porque su seductor ó su cómplice las abandona, cuando necesitaban de su auxilio para sustentar y educar á su hijo.

Si la beneficencia pública ó la caridad privada no abren asilos donde recoger estos pobres niños, es imposible que las madres trabajen, y que no caigan en la mendicidad ó en la prostitucion; y por mas que estos asilos hagan, una mujer que tiene muchos hijos, mientras son pequeños puede trabajar poco; si el padre no los sostiene, caerá en la situación mas desdichada.

Las madres que están en este caso, los enfermos, los ancianos y los niños desamparados, nóvalo bien, Juan, forman una masa de centenares de miles de criaturas que, con la forma política que quieras, y la organizacion social que sueñes, se morirán de hambre si no se los auxilia, y no se los auxiliará sino á medida que la sociedad *sienta mas y piense mejor*. Para estos centenares de miles de miserables que no pueden trabajar, ¿de qué serviría la organizacion ni el derecho al trabajo, aunque pudiera existir? El derecho á la compasion es el que ellos necesitan; derecho que tiene que estar en las entrañas de la sociedad antes que pase á sus leyes.

Hay otros miserables, y el número no es corto, que lo son por negarse á trabajar, siendo la causa de su culpable desdicha:

El crimen, el vicio, la vanidad.

El crimen arranca al trabajo muchos brazos útiles, que buscan la subsistencia en el robo, la estafa, el juego fraudulento, en mil es-

peculaciones inmorales castigadas por las leyes, y por regla general conducen al especulador á la prision y á la miseria. Nota bien que los que quieren vivir haciendo lo que las leyes prohíben, es raro, muy raro que no mueran miserables.

El vicio distrae todavía mas brazos del trabajo. Como horroriza menos se estiende mas, é inutiliza mas completamente á sus enervadas víctimas: es muy difícil hacer un trabajador de un hombre criminal de la clase de los que mencionamos aquí, es decir, de los que han buscado la subsistencia por medio del crimen; pero acaso es aún mas difícil hacer trabajar á un hombre vicioso, porque suele añadir á la falta de resorte moral, la carencia de fuerza física.

Pasa revista mentalmente á los que conoces (que por desgracia serán bastantes), que se embriagan, que juegan, que son perezosos, que se entregan á excesos deshonestos, y verás cuán difícil es convertirlos en trabajadores, si el vicio ha llegado á adquirir grandes proporciones.

La vanidad quita tambien brazos é inteligencias al trabajo, y mas segun los paises; el nuestro no es de los que menos. Hay personas que habiendo tenido una regular posicion, se creen rebajadas dedicándose á ciertos trabajos, que los honrarian mucho mas que el pan debido á la limosna, que degrada á todo el que no la recibe con verdadera necesidad. En España queda mucho que hacer en este sentido, porque es grande el poder de la preocupacion, reforzada por la pereza. El trabajo podrá ser mas ó menos agradable, mas ó menos sano, mas ó menos lucrativo, pero es honrado siempre; y es santo, cuando el trabajador para emprenderle tiene que sacrificar alguna preocupacion del amor propio. La vanidad, esa loca prostituta, es quien le calumnia y le infama, apartando de él á los débiles que la escuchan. ¡Cuánto mas noble y mas digna es la blusa del obrero, que la levita mugrienta del pobre, que lo es por no sacrificar sus vanidades de señor! Hay pobres vergonzantes dignos de la mayor consideracion y respeto, pero los hay tambien que deberian recibir el nombre de *vergonzantes sin vergüenza*, porque no la tienen de recibir limosna cuando pueden trabajar.

La vanidad influye de otros muchos modos, y es uno de ellos arrancando brazos al trabajo útil para llevar inteligencias á donde sobran y se convierten en una causa de perturbacion y de miseria. Un industrial prospera; es impresor, zapatero, sastre, etc.: en vez de educar á su hijo para que le suceda con ventaja, teniendo mas conocimientos que él tenia, y dejando de trabajar por rutina, se le despierta la ambicion de hacer de él un señor, y le manda al Instituto. Tal vez sus estudios no pasan de la segunda enseñanza, pero esto

basta para que se crea ya rebajado siendo lo que fue su padre. ¿Cómo ha de coger una herramienta el que sabe el alfabeto griego, y ha oído hablar del binomio de Newton? Busca, pues, un empleo, una ocupación *decorosa*, y va á aumentar el número de los que no hallan ocupación; ó alternativamente pretendiente, empleado y cesante, cae en la miseria, y arrastra á ella á la nueva familia que ha formado. Si concluye sus estudios, si en la Universidad se hace Abogado, Médico, Farmacéutico ó Notario, el mal es acaso mayor: las necesidades de su decoro crecen, la competencia es furiosa; no hay enfermos ni asuntos sino para una mínima parte de los que los buscan, y el resto desmoraliza la sociedad con intrigas, la espolia con fraudes, la trastorna con rebeliones, ó sufre en la miseria las consecuencias de la falta de trabajo. Mientras muchas artes, mecánicas en parte y que en parte necesitan cierta instrucción é inteligencia, están desiertas ó ejercidas por extranjeros, aumenta de un modo alarmante la falange de los que quieren elevarse de su esfera á una en que no es posible que se sostengan. Bien está que suba hasta la mayor altura social el jóven de talento, donde quiera que haya nacido, pero que sea en virtud del mérito que Dios le dió, y no de la vanidad de su padre.

Esta causa de perturbación y de miseria es mas poderosa de lo que generalmente se cree, y obra en el triple sentido de privar á las artes mecánicas de operarios inteligentes, aglomerar ambiciones donde por buenos medios no pueden satisfacerse, y desprestigiar la nobleza del trabajo cuando tiene algo de manual: sin vencer esta preocupación es imposible hacer progresos en la industria. Se han hecho algunos, justo y consolador es consignarlo, pero por el momento están neutralizados, y acaso mas que neutralizados, por la rapidez y la facilidad con que se concluyen ciertas carreras, que ofrecen lo que seguramente no darán.

Ya ves, Juan, cómo no es posible estudiar la miseria sin hallarse á cada paso con la moral: te lo repito hasta la saciedad, porque importan hasta donde tú difícilmente puedes imaginarlo.

*Concepcion Arenal.*